

En el fondo de la habitacion estaba enferma su hermana, septuagenaria como ella, que no habia podido venir á saludarme.

¡Las últimas Foscari!

Hé aquí, pues, lo que resta, en un miserable camastro, en el mismo sitio en que el rey de Dinamarca, pariente de ellas, reposó en un suntuoso lecho, como lo indica la inscripcion y el retrato de este monarca, quien lo mandó en prenda de amistad á su huésped Avise Foscari.

Este es el único lienzo que han respetado los judíos en todo el palacio; sin duda porque el nombre desconocido y dudoso talento del pintor danés no han tenido aficionados.

La pobre vieja condesa Foscari conservaba aun cierto aire de gran señora, que ennoblecía sus harapos; y mientras me hablaba de su pobreza y dolores, me sentí lleno de respeto y emocion. Un bello rayo de sol atravesando las tablas rotas que reemplazan las ventanas, vino á dorar como una ironía aquella triste vejez: la muerte en un día de fiesta hace el mismo efecto.

Después he vuelto algunas veces, encargado por una noble señora extranjera, á quien hice visitar este palacio, de llevar algun alivio á tan profunda miseria.

La mayor de las dos hermanas murió al poco tiempo.

Tres años después pasaba yo por una de las estrechas calles que se hallan detrás del palacio Foscari, cuando ví un tropel de gente del pueblo que avanzaba lentamente hácia mí. En medio del gentío, marchaba difícilmente una anciana á quien llamaban respetuosamente *Excelencia*: era la condesa Foscari, obligada á abandonar el ilustre palacio de sus mayores, que el gobierno acababa de comprar á los numerosos acreedores, que desde hacia mucho tiempo eran sus poseedores. Aquella anciana consumida por la miseria y el pesar, habia encontrado lágrimas al abandonar el lugar de su nacimiento, de su vida entera y debia haber sido también el de su muerte. La infeliz estaba desolada y sin duda decia con el poeta: «Se muere uno demasiado tarde.»

Un poco más adelante del palacio Foscari y más cerca de la iglesia *della Salute* se halla el palacio *da Mula*: su pintoresco patio y su grandiosa escalera nos obligan á dar su vista como uno de los tipos del interior de las habitaciones señoriales de Venecia.

El Gran Canal.—El palacio.—La scala antica.—
Bianca Capello.

Antes de abandonar este Gran Canal, tan bello y mágico con sus series de palacios, y cuya descripción exigiria un volumen entero, procuremos siquiera dar

una idea de su animación y movimiento. Al ponerse el sol el Canalasso se puebla de góndolas en que van muellemente reclinados los paseantes. El agua que agitan, iluminada verticalmente por los últimos rayos del sol, refleja el oro y la púrpura celestes. Estos millares de olitas parece que saltan de alegría, aspirando como tantas otras bocas al fresco en la atmósfera pura de la tarde. Fresco es el nombre que se da á estos paseos de la tarde en el Canalasso. La hora del fresco es también la de las citas, la hora en que el elegante patricio, conduciendo por sí mismo su góndola, la precipita con violencia y como para estrellarla contra la marmórea escalera de los palacios, deteniéndola con tanta fuerza como habilidad en el momento de tocar las gradas. En estas bellas noches de primavera en que Venecia está más despierta que de día, hay que ver los fantásticos efectos de la luna al bañar estas elegantes y bellísimas fachadas. Parece que esta ciudad se ha construido para los efectos del claro oscuro. Ya se ve un rayo luminoso penetrar por debajo de los arcos de un pequeño canal y prolongarse al infinito; ya una flama que se enciende en el ángulo de un balcón sobre el dentellón de un ático ó en el cristal de una ventana. Después, como un hábil artista, esa lámpara del cielo deja en la sombra y sacrifica todo un testero, alumbrando plenamente las delicadas ojivas y las esbeltas columnas de algun palacio árabe como la Casad'oro, el Loredan ó el Michieli. A veces, cuando el viento de Africa atraviesa los abiertos pórticos y penetra bajo el átrio desierto, se oye como un sonsonete de armas en aquellas mansiones de los cruzados venecianos: son sus armaduras que suenan al soplo indiscreto de la brisa africana. Esa lanza, ese casco, esas manoplas, esa espada que son del dux Domenico Michieli que en el sitio de Tiro mató por su mano mil cien sarracenos? Los palacios Vendramin, Pisani, Tiepolo, Manfrini, con sus imponentes moles aparecen como montañas en medio de estos fantásticos bosquejos. Nunca en ningun lugar, ha revestido la piedra formas más poéticas, merced á esa armoniosa fusión del Oriente y del Occidente, el gusto árabe y el gótico se mezclan en raras ojivas y en gallardas columnatas.

Pero sigamos ahora los pequeños canales y penetremos en la Venecia desconocida. Hé aquí el canal Bernardo, cerca del campo San Paulo: no hay nada más tortuoso ni mejor iluminado á ciertas horas del día. Pasamos luego por delante de la Fenicia, el gran teatro; después por debajo del puente San Paternan y llegamos á la calle *della Vida* ó *delle Locande* junto á la cual se halla la *Corte del Maltese*. Allí se ve el ángulo de un palacio, la *scala antica*, la escalera antigua como la llama el pueblo. Esta escalera exterior del palacio Minelli, familia patricia, está completamente descubierta y es de notable ligereza. Es

uno de los edificios más curiosos y pintorescos de Venecia. Construido al estilo del siglo XV, se le atribuye á uno de los lombardi, que quiso reproducir el efecto de la torre de Pisa. Esta torre está unida por uno de sus lados al palacio y está sostenida en el centro de la espiral por una columna de mármol compuesta de ochenta piedras redondas, que no son otra cosa que las estremidades de cada una de las gradas cuyos otros extremos van á apoyarse en la circunferencia exterior, compuesta de arcos y columnatas: hay por consiguiente tantos arcos como gradas. La torre tiene siete pisos: el primero está sostenido por seis columnas; los otros cinco, por ocho, y el último por catorce; lo que hace sesenta columnas y ciento doce gradas en todo el edificio. Cada una de las gradas es de 15 centímetros de alta y de 2 metros de longitud; lo que da para el diámetro interior, comprendiendo el espesor del eje ó columna que sostiene la torre 4 metros y 10 centímetros. La altura total es de 22 metros 50 centímetros.

El palacio comunica con la escalera por una galería, cuyos arcos de medio punto indican el estilo del Renacimiento. El ala izquierda de este palacio, en otro tiempo semejante á la derecha que recta, ha sido derribado por su actual dueño quien ha hecho del patio un jardín. Una *bignonia* con flores de púrpura fija á los lados de la *scala*, aumenta la riqueza de la escultura; por su interior esta escalera es más pintoresca aun que por el exterior.

Pero nuestra góndola nos conduce á Santo Apollinare y hémos aquí bajo el Puente Storto.

En el palacio que cierra el pequeño canal llamado Fondamenta del Carampane, cubierto con un emparado de rosas vivía en 1548 el patricio Bartholomeo Capello, casado con Pellegrina Morosini: el señor Bartholomeo tuvo de ella una hija que llamó Bianca. Habiendo muerto Pellegrina se casó en segundas nupcias con Lucrezia Grimani, hermana del ilustre Juan Grimani, patriarca de Aquilea. Este matrimonio trajo á la casa de Capello las discusiones que lleva siempre consigo una madrastra.

En esta época era costumbre en Venecia entre las familias nobles tener alejadas del mundo á las jóvenes para tenerlas á cubierto de la maledicencia: así que solo salían á la iglesia los días de gran fiesta. Ningun extranjero era admitido en el interior de la familia, y cuando se trataba de casamiento, apenas se dejaba al novio ver á su prometida. En Venecia, en todas las interioridades de la vida, se encuentran las costumbres orientales.

Así, lo mismo que en Oriente, las mujeres se escapaban de la regla siempre que se les presentaba la ocasión. Un día la joven Bianca, vió en frente de su ventana un joven elegante y de noble presencia, y en vez de retirarse, se atrevió á corresponder á las

señas que le hacia. Este joven llamado Pietro Buonaventuri, habia venido de Florencia á buscar fortuna en Venecia, llamado en calidad de dependiente por un tío suyo á la sazón gerente de la casa banca de los Salviati.

En el palacio Capello, situado frente por frente de la casa banca, vivía además del padre, la madrastra y Bianca, joven de quince años y medio entonces, un hijo algunos años mayor que su hermana, buen mozo de bigotes retorcidos, de palabra viva y corazón ardiente, por lo cual, y á propósito de mujeres, juego ó vino, tiraba de la espada por un quita allá esas pajas. Dos veces hubieron de llevarlo á su casa medio muerto, pero Juano, que así era su nombre, tenia una constitucion muy fuerte, como la mayor parte de los calaveras, y muy luego se restablecía. Viendo la vida de aventuras y peligros de su hijo, el padre Capello, renunció á su propósito de meter á Bianca en un convento, temiendo encontrarse solo un día, sin hijos que le cerraran los ojos.

La joven Bianca era rubia, de ese color cuya belleza ha revelado el Ticiano. Sus ojos, dice la leyenda, eran negros y ardientes, su talle flexible y voluble, como un bello lirio agitado por el aura. De noche y de día la ventana de Pietro estaba abierta y por sus miradas y gestos espresaba el joven su pasión á la bella Bianca, la cual no dejaba de corresponderle. Por la noche la imprudente joven se envolvía en un dominó y bajaba audazmente hasta la puerta de la calle: desde allí atravesaba el pequeño puente y se ponía á hablar con Buonaventuri oculta bajo la oscura entrada de Salviati.

Una noche, durante la ausencia de Bianca, un gondolero rezagado, encontrando la puerta de tierra del palacio Capello entreabierta, hubo de cerrarla, y cuando allá al alba quiso volver á entrar la joven, le fue imposible abrirla. Viendo entonces con espanto su reputacion perdida, su amor descubierto y cuando menos el convento por castigo, fué cerca de su amante y convinieron en huir juntos antes de que amaneciera, á fin de ponerse fuera del alcance de Bartholomeo Capello. Una góndola tomada en el *traghetto* inmediato los condujo al puesto del guarda del puerto: allí se dió á conocer Buonaventuri y prestando una comision de su casa de banca, atravesó sin contratiempo la laguna. Después los dos fugitivos, en vez de seguir el camino de Rímmini, se dirigieron por Ferrara y Bolonia llegando á Florencia sin ser reconocidos.

En el palacio de Capello, nadie creyó al principio en la fuga; se supuso, sí, que la joven se habia ido á algun convento por querellas con su madrastra, y así que se dejó pasar todo el día sin hacer pesquisas. El día siguiente solo se recorrió la ciudad, con sus conventos, y después se puso á la policía en movi-

miento. Súpose entonces la partida de Pietro Buonaventuri y atando entonces cabos sueltos, se tuvo la certidumbre del amor de los dos jóvenes y de su fuga. El patriarca de Aquilea, muy influyente á la sa-

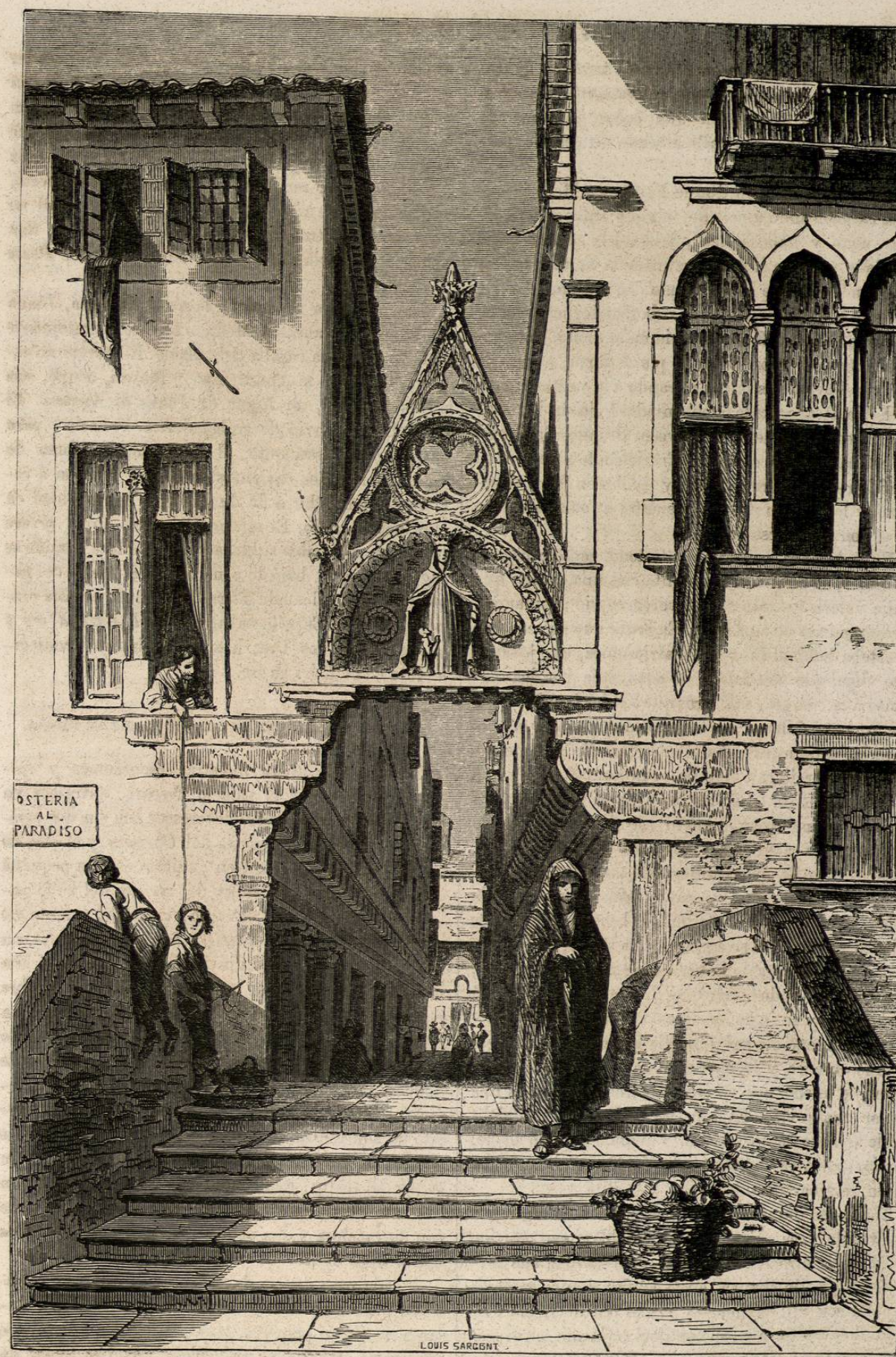
zon en el Consejo de los Diez, hizo declarar á la nobleza injuriada por aquel hecho y pidió que se trajese al seductor á las galeras de la República. Juan Buonaventuri, tio de Pietro y gerente de los Salviati fue



Palacio de Bianca Capello.

encerrado como cómplice en los calabozos de la serenísima Inquisición, donde murió olvidado al cabo de algunos meses. Los dos fugitivos, durante estas pesquisas, estuvieron ocultos casa del padre Buonaventuri quien los recibió con los brazos abiertos. Allí se casaron secretamente y los dos tuvieron que trabajar para vivir, como quiera que la casa de Buonaventuri no estaba muy desahogada ni mucho menos. La

madre se encargaba de la economía doméstica, mientras que el padre hábil calígrafo hacia copias para los funcionarios públicos. Su hijo se hizo su aprendiz. Bianca por su parte bordaba preciosas tapicerías al gusto veneciano, sacando de su trabajo buen provecho. Bien que estuviera acostumbrada al lujo del palacio paterno, la amable joven se acomodaba con gusto á las privaciones; y no pudiendo salir á la calle, por



Puente del Paraiso.